

A história do tempo presente no Chile e os 50 anos do golpe

Entrevista com:



Rolando Álvarez Vallejos

Universidade de Santiago do Chile.

Santiago – CHILE

historia.usach.cl/rolando-alvarez-vallejos

rolando.alvarez@usach.cl



orcid.org/0000-0003-3481-8153



/tempoargumento



@tempoargumento



@tempoargumento

Entrevista concedida à



Mariana Joffily

Universidade do Estado de Santa Catarina.

Florianópolis, SC – BRASIL

lattes.cnpq.br/0439237812713028

mariana.joffily@gmail.com



orcid.org/0000-0002-2332-672X



<http://dx.doi.org/10.5965/2175180315402023e0301>



Rolando Álvarez Vallejos é historiador, professor e chefe do Departamento de História da Universidade de Santiago do Chile (USACH), onde realizou o seu mestrado. Doutor em História pela Universidade do Chile, especializou-se em história do tempo presente no Chile, com foco em temas relacionados a partidos políticos, movimento sindical, esquerdas e empresários, principalmente no período que se inicia com a transição democrática chilena. Combina em

suas pesquisas elementos da história política e história social, com particular atenção a setores subalternizados, por meio do uso de documentos de entidades, partidos e sindicatos de esquerda e da história oral. É autor de diversos livros, entre os quais *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista, 1973-1980* (Lom Ediciones, 2003),

Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986-2010) (Lom Ediciones, 2015), *Hijas e hijas de la Rebelión. Una historia social y política del Partido Comunista de Chile, 1990-2000* (Lom Ediciones, 2019) e *Del viraje al gobierno de nuevo tipo. El Partido Comunista de Chile en la primera década del siglo XXI* (Lom Ediciones, 2022). Nesta entrevista, concedida a Mariana Joffily pouco tempo após o aniversário dos 50 anos do golpe militar no Chile, o historiador fala da influência da história familiar em suas escolhas de pesquisa, sua atuação no campo do tempo presente, suas produções e seu atual projeto de pesquisa sobre as diferentes gerações de militantes das Juventudes Comunistas do Chile nas últimas décadas. Reflete ainda sobre a historiografia chilena sobre a ditadura e a transição e sobre os significados dos 50 anos do golpe.

Tempo & Argumento: *¿Cuál fue su trayectoria académica desde el inicio de sus estudios universitarios?*

Rolando Álvarez Vallejos: Mi trayectoria comenzó el año 1990, coincidiendo con el fin de la dictadura de Pinochet. Mi formación inicial fue de profesor de Historia y Geografía, profesión que me permitió desempeñarme casi 10 años como profesor de enseñanza media en distintos establecimientos ubicados en Santiago de Chile. Esta primera etapa, que desarrollé en el Instituto Profesional de Educación Superior Blas Cañas, que posteriormente adoptó el nombre de Universidad Cardenal Silva Henríquez, estuvo marcada por una formación en temas de orden pedagógicos y escasamente en torno a la historiografía, que en aquella época todavía estaba en ciernes producto de los años de la dictadura. Con todo, allí fui estudiante de la historiadora Verónica Valdivia, que fue clave en mi desarrollo posterior. Más tarde, en 1995 ingresé al programa de Magister en Historia de la Universidad de Santiago de Chile (USACH). En esta etapa me formé al alero de historiadores como Julio Pinto, Sofía Correa y Alfredo Jocelyn-Holt, con los que fui conociendo los debates de la historia social y política de Chile de fines del siglo XIX y el siglo XX. Finalmente, ingresé al programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Chile el año 2003, en donde intenté plasmar la experiencia que había acumulado a lo largo de mis años como estudiante de pre y postgrado. Me gradué el año 2007.

De manera paralela este proceso, ingresé como profesor ayudante a la Universidad de Santiago de Chile en 1997. El año 2002 dicté mi primer curso electivo en la carrera de Pedagogía en Historia de dicha casa de estudios. A partir de esos años, ejercí docencia universitaria en diversas universidades chilenas ubicadas en Santiago de Chile. Recién el año 2009 fui contratado como académico de jornada completa de la USACH, en la cual me desempeño hasta la actualidad. Allí dicto cursos y dirijo tesis de pre y postgrado en las carreras de Pedagogía y Licenciatura en Historia, y en los programas de Magíster y Doctorado. Asimismo, he sido Investigador Responsable y co-investigador de

proyectos financiados por el Fondo de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT). Estas investigaciones se han enfocado en diversas materias de historia política reciente de Chile, referido a los cambios de la política producto de los cambios operados por la dictadura militar, la trayectoria del Partido y las Juventudes Comunistas de Chile; las transformaciones operadas en el movimiento sindical chileno durante la dictadura y la transición; la trayectoria política de las organizaciones que agrupan a los grandes empresarios chilenos durante la transición democrática, entre las principales materias. Por último, como integrante del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, me ha tocado asumir algunas responsabilidades administrativas, como la dirección del Departamento, del Programa de Magíster y de la Revista de Historia Social y de las Mentalidades, entre otras diversas labores.

Tempo & Argumento: *¿Cómo la Historia del Tiempo Presente se volvió una preocupación en su carrera?*

Rolando Álvarez Vallejos: Mi interés por la historia reciente de Chile está íntimamente ligada a la biografía colectiva de mi familia. Por el lado paterno, mi padre fue militante del Partido Comunista de Chile desde fines de la década de 1960 y fue prisionero político durante siete meses en tiempos de la dictadura pinochetista. Este hecho marcó fuertemente la dinámica familiar. Por el lado materno, mi abuelo y mis cinco tíos también fueron militantes comunistas. Algunos de ellos fueron encarcelados y enviados al exilio durante la dictadura. Es más, mi abuelo fue prisionero durante casi dos años en tiempos de la persecución a los comunistas chilenos a fines de la década de 1940. Este entorno familiar sin lugar a dudas fue la causa directa que explica mi interés por la política. Esto se tradujo en que tempranamente a los 16 años ingresé a las Juventudes Comunistas de Chile, buscando un lugar para luchar de manera organizada contra Pinochet. Por todo esto, desde la primera adolescencia tuve mucho interés en tratar de

entender todos los acontecimientos que habían padecido mis familiares, cuáles habían sido los proyectos en los que se habían involucrados y las causas porque estos habían terminado tan traumáticamente. Es más, visto en retrospectiva, buscaba de manera intuitiva entender la suerte de mi propia generación de jóvenes militantes que luchaba contra la dictadura. Entre 1989 y 1991 se produce la caída del Muro de Berlín y el fracaso del intento de derrocar a Pinochet para así evitar su proyección en la nueva democracia chilena –proyecto en el que había participado. Así, se inauguró una naciente década democrática en Chile, pero marcada por la derrota histórica de la izquierda chilena de la cual yo formaba parte. El exdictador Pinochet seguía siendo Comandante en Jefe del Ejército, no había justicia para las víctimas de violación de los derechos humanos, y el proyecto económico de la dictadura no sufría cambios sustanciales; asimismo colapsó la Unión Soviética, los sandinistas fueron derrotados en las urnas y se proclamó “el fin de la Historia”.

En este contexto, las preguntas que arrastraba desde mi época adolescente sobre la suerte de mi familia en distintas etapas de la historia de Chile, se sumaron a la necesidad de entender cómo habíamos llegado a la situación actual, en donde la transición democrática estaba lejos de haber cumplido las expectativas que “se abrieran las grandes Alamedas”, como había dicho el presidente Salvador Allende en su último discurso del 11 de septiembre de 1973. Así fue como en 1993 tuve la fortuna de ser alumno en curso dictado por Verónica Valdivia. A partir de ese momento, establecí con ella una relación formativa muy estrecha, que se reflejó en que fue mi directora de tesis de pre y postgrado, fui su ayudante de investigación y de cátedra. Con los años, me convertí en su co-investigador en varios proyectos Fondecyt. Paralelo al desarrollo de esta colaboración, la profesora Valdivia, se convirtió en una de las principales referentes sobre la historia de la dictadura, las fuerzas armadas y la derecha

chilena, entre otras materias. Sin lugar dudas, fue la principal influencia en mi formación como historiador.

En resumen, la combinación de las condicionantes de la historia familiar, unido a la coyuntura de la transición democrática chilena y a mí encuentro con la profesora Valdivia fueron los factores fundamentales para explicar mi interés por la historia reciente chilena.

Tempo & Argumento: *¿Cuáles fueron los referentes teórico-metodológicos que influyeron en su proyecto de historiar el “Tiempo presente”?*

Rolando Álvarez Vallejos: En la década de 1990 en Chile, donde su ubican mis primeras aproximaciones sobre la historia reciente de Chile, la verdad no existía una reflexión sobre cómo historiar el tiempo presente. Más bien, por el contrario, la historiografía conservadora todavía tenía mucha presencia en los medios de comunicación e institucionales. Una primera reflexión data de 1997, cuando los historiadores Julio Pinto y Sofía Correa, entre otros, fueron parte del proceso de reforma del curriculum escolar. Esta apuntó a incluir en la enseñanza escolar el período de la Unidad Popular y de la dictadura, temas tabú en ese momento. Recuerdo que Gonzalo Vial, el principal exponente de la historiografía conservadora, rechazó esta reforma acudiendo al añejo argumento positivista que señala que los historiadores no pueden hacer historia reciente porque carecerían de la objetividad necesaria para desarrollar la reflexión historiográfica. Pero sin lugar a dudas que un impulso decisivo para el impulso de la historia reciente en Chile se produjo en la inesperada coyuntura generada por la detención del general Augusto Pinochet en Londres, que se extendió entre octubre de 1998 y marzo de 2000. Un conjunto de historiadores de izquierda y/o genéricamente “progresistas”, redactaron un texto conocido como el “Manifiesto de Historiadores” (1999), al que se sumaron cientos de firmas de estudiantes de historia y ciencias sociales de Chile y el extranjero. En este documento se polemizaba con el mencionado Gonzalo Vial. Acérrimo defensor de Pinochet, en columnas de opinión

en la prensa de circulación nacional y otros medios masivos, justificaba el golpe de Estado de 1973 y se explayaba en sus argumentos para “explicar el contexto” del ejercicio del terrorismo de estado durante la dictadura pinochetista. El “Manifiesto” fue recibido por algunos de nosotros, jóvenes estudiantes de postgrado en ese entonces, como un llamado a escribir una historia contrahegemónica sobre el pasado reciente chileno. En el fondo, el “Manifiesto” fue como un llamado a escribir en un libro que estaba abierto, pero en blanco. Comprender la dictadura, el papel de las fuerzas armadas, el carácter de la derecha, las causas de la derrota de la izquierda, la resistencia a Pinochet, los cambios en el movimiento sindical, en fin, había una infinidad de temáticas.

Así, en mi caso escribí un texto que fue el primero en narrar la reorganización en la clandestinidad del Partido Comunista de Chile durante la dictadura, titulado *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista, 1973-1980* (Lom Ediciones, 2003). Su intención era explicar históricamente las razones de la radicalización del PC chileno, que lo llevó a implementar formas armadas de lucha contra la dictadura, dejando atrás la etapa de moderación que lo había caracterizado hasta 1973. Las herramientas metodológicas que habíamos conocido con alguna profundidad provenían de la historia social en clave “historia desde abajo”. Por ello, no nos conformamos con solo describir los documentos partidarios, como la historia política tradicional. Por el contrario, utilizamos la historia oral y la reconstrucción de las organizaciones sociales (sindicales, estudiantiles, territoriales) como parte de la operación historiográfica. Más tarde, influido por los trabajos de Verónica Valdivia, intentamos abrir el diálogo con la producción historiográfica de otros países, especialmente de Argentina. Solo en mi etapa de formación de doctorado accedí a las reflexiones teóricas y metodológicas sobre la historia del tiempo presente. Especialmente importante fue conocer a la académica francesa Anne Pérotin-Dumon. En el tiempo que la

conocí, formaba parte de un proyecto denominado “Historizar el pasado vivo en América Latina”, que incluía a Argentina, Perú y Chile. Para el caso de este último país, fueron relevantes los artículos de Peter Winn, “El Pasado está presente. Historia y memoria en el Chile contemporáneo” y el de Anne Pérotin-Dumon “Liminar Verdad y memoria: escribir la historia de nuestro tiempo”. La publicación fue pionera en utilizar el medio digital, no el formato papel, lo que facilitó incluir aporte de autores europeos como Henry Rousso, Jan Gross, Marie- Claire Lavabre; conocer los debates en torno a las comisiones de verdad en otros países lejanos para nosotros, como Guatemala, etc. Con todo, sin desestimar estas influencias, la fórmula basada en combinar la historia política con dimensiones especialmente provenientes de la “historia desde abajo”, fue la que seguimos desarrollando a lo largo de los años.

Tempo & Argumento: *¿Cómo podría situar su producción académica dentro del escenario historiográfico de Chile?*

Rolando Álvarez Vallejos: En mi caso, mis aportes se insertan en el desarrollo de la historia política reciente de Chile, especialmente orientado el periodo de la transición democrática chilena y a las primeras décadas del siglo XXI. Un ejemplo que me gustaría mencionar es el libro *Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986-2010)* (Lom Ediciones, 2015). Esta obra aborda el papel político jugado por la Confederación de la Producción y el Comercio (CPC) y la Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas (CONFIEP), máximos entes gremiales empresariales de Chile y Perú, en la historia reciente de sus respectivos países. Durante los años que cubre esta investigación, Chile, pionero en el Cono Sur en la implementación del modelo neoliberal, fue señalado como “modelo a seguir” por los organismos internacionales vinculados a las políticas neoliberales. El Perú, al borde del colapso estatal en 1990, fue uno de los países que siguieron de cerca la experiencia chilena. En este marco,

se plantea que durante estos años surgió un nuevo tipo de empresariado, poseedor de una conciencia de actor político relevante en el nuevo orden neoliberal y de una visión política de largo plazo. De esta manera, bajo contextos políticos y sociales muy distintos, ambos grupos empresariales desarrollaron una nueva cultura política, acorde a las necesidades del proyecto neoliberal. Esta metamorfosis los convirtió en protagonistas de la política en sus respectivos países durante los siguientes veinte años. El período que comprende esta obra arranca en 1986, cuando ambas organizaciones consolidaron su giro ideológico hacia el neoliberalismo. Se cierra en 2010, lo que permite apreciar el recorrido que ambas organizaciones siguieron en defensa y promoción del proyecto político y económico neoliberal en sus países durante casi un cuarto de siglo.

Dos trabajos más recientes, enfocados al período posdictadura son “Hijas e hijas de la Rebelión. Una historia social y política del Partido Comunista de Chile, 1990-2000” (Lom Ediciones, 2019) y Del viraje al gobierno de nuevo tipo. El Partido Comunista de Chile en la primera década del siglo XXI (Lom Ediciones, 2022). Ambos libros se conectan dentro de una misma problemática de carácter general, a saber, de qué manera el Partido Comunista de Chile, a diferencia de otros PC del planeta, logró darle continuidad a su presencia política y social tras los sucesos que se apretujaron entre 1989-1991. En esas fechas, en Chile entró en crisis terminal la opción de derribar a la dictadura. A cambio se produjo la transición pactada y el inicio de los gobiernos de la Concertación, ante los cuales el PC se declaró opositor desde 1991. Asimismo y de manera paralela, colapsaron los llamados socialismos reales, provocando, entre otras cosas, la crisis de la propia concepción de partido comunista. En muchas partes del mundo y también en Chile, militantes, aliados, adversarios, enemigos y analistas de todo tipo, dieron por cancelada la experiencia histórica de la epopeya comunista y consideraron inviable su continuidad histórica de cara al siglo XX. Definida como una entidad puramente ortodoxa, apegada a una

ideología irremediavelmente superada por la historia, durante la década de 1990 moros y cristianos vaticinaron su inevitable desaparición. Por lo tanto, estos libros buscan contestar la pregunta acerca de por qué estos pesimistas vaticinios no se cumplieron. El primer texto se enfocó en la estrategia de la sobrevivencia y la forma que la militancia comunista sobrellevó la década de 1990, particularmente hostil a las ideas de transformación mundial no solo en Chile. Simbolizado por el férreo liderazgo de Gladys Marín, el PC llegó al siglo XXI reorganizado y con presencia en las organizaciones sociales (sindicales y estudiantiles especialmente). Sin embargo, su otrora significativa influencia en los espacios de la política institucional todavía era muy acotado. A pesar de tener presencia en el mundo social, la capacidad de incidencia política y ser capaz de ir más allá del discurso testimonial era una tarea pendiente. Por lo tanto, visto en retrospectiva, la primera década del siglo XXI representó para el PC pasar un cambio, y ya no solo conformarse con “existir”, sino que buscar nuevas formas de incidencia en el mundo político, sin perder anclaje en el mundo social. Eso implicó debates, polémicas, diferencias, indisciplinas y trizaduras internas. Pero también crecimiento, nuevas influencias, y recuperación de antiguos militantes. Es decir, el clásico ciclo de crisis, estabilidad y crisis, siempre con la posibilidad abierta de éxito o fracaso de las apuestas políticas. Por eso, *Del viraje al gobierno de nuevo tipo* es un libro que, en general, trata de explicar la manera cómo y por qué cambian los partidos políticos. En este caso, la transformación de las alianzas y los énfasis que el PC realizó durante la década del siglo XXI, los visualizo como un mentís a aquellos planteamientos que definen a los comunistas como pura ortodoxia ideológica y como un aparato partidario rígido, incapaz de adaptarse, cambiar y modificar sus posturas acorde a las diversas etapas de la historia de Chile. Con muchos matices, discusiones y dolorosas salidas de militantes, el Partido Comunista ha logrado no solo preservar su vigencia histórica, sino que incluso incrementarla en los últimos años.

Tempo & Argumento: *Atualmente, ¿en qué consiste su agenda de investigación?*

Rolando Álvarez Vallejos: Actualmente estoy desarrollando un proyecto que se propone indagar la historia más reciente de las Juventudes Comunistas de Chile (JJ.CC.) (1990-2020), desde un enfoque basado en la construcción de una biografía colectiva de la organización. Es decir, se abordará el objeto de estudio desde la perspectiva de cómo cada generación al interior de la organización, dentro de los rasgos identitarios comunes de esta, tuvo sus propios datos biográficos colectivos, que las fueron diferenciando de las generaciones anteriores. En base a esto, el objetivo general de la investigación es analizar la formación histórica de la evolución de la militancia juvenil comunista a partir del retorno a la democracia en Chile hasta fines de la segunda década del siglo XXI, en función de proponer la conformación de diversas tipologías militantes. La opción de centrarse en la organización juvenil comunista se fundamenta en que, a través de ella, los denominados micro-cohortes generacionales resultan claramente distinguibles a lo largo del periodo que comprende el proyecto.

De esta forma, partimos del supuesto que, a pesar de que las JJ.CC. constituían una organización con férreos anclajes identitarios de tipo ideológicos y culturales, durante las décadas comprendidas en la investigación, la colectividad experimentó drásticas transformaciones, que se tradujeron en un profundo cambio en la forma de autopercebirse, en las características de la composición social de sus integrantes y en las motivaciones y formas de concebir la militancia comunista.

En debate con aquellas miradas que visualizan a la militancia comunista como puramente ortodoxa e incapaz de modificar sus pautas, esta investigación plantea a modo de hipótesis que, en las biografías colectivas de las generaciones políticas de la militancia juvenil comunista entre 1990 y 2020, se registraron cambios ideológicos, culturales y sociológicos en la composición de la militancia comunista, expresados a lo menos tres micro-cohortes generacionales,

que se confrontaron con los previamente existentes. Estas diferencias incluyeron las motivaciones para adherir a la colectividad, las formas de participar en ella y aspectos culturales e ideológicos. Este proceso de transformaciones de la militancia comunista, conectado con la mantención de aspectos identitarios provenientes de las tradiciones de la colectividad, forma parte importante de la respuesta que explica la sobrevivencia y posterior protagonismo del Partido Comunista dentro del sistema político chileno, hecho que la hipótesis de la supuesta inveterada ortodoxia comunista deja sin responder.

En términos más amplios, la investigación se inserta en dos debates. Primero, en el campo de los estudios de la historia política reciente de Chile. En este ámbito, desde la sociología, la politología e inclusive la historia, las indagatorias se han concentrado en los gobiernos de la Concertación, la derecha y algunos movimientos sociales. Sin embargo, luego de décadas de aislamiento político y limitada influencia en las organizaciones, la antigua y “nueva” izquierda que discrepó del modelo de transición chileno. Este proyecto busca historizar cómo esta se reinventó y adaptó a la realidad entre las décadas de 1990 y 2020. El segundo debate busca aportar al estudio de las militancias en la historia de Chile. A través de una metodología que combina aspectos cuantitativos (cuestionario sociográfico), con otros cualitativos (historia oral), unido a las fuentes impresas y audiovisuales más tradicionales, tratemos de describir la complejidad y diversidad de las experiencias existentes en un universo partidario, en este caso, el de los jóvenes comunistas. En el fondo, nuestra opción es no entender a los partidos como comunidades cerradas, sino como entidades complejas y abiertas a múltiples influencias. Esto, sin descartar del todo avanzar en la elaboración de tipologías militantes, que entran en tensiones unas con otras.

Tempo & Argumento: *¿Cómo se constituyó ese campo del saber en Chile y cuáles fueron los principales desafíos en la construcción de este campo? En términos historiográficos, ¿existen diferencias significativas en la Historia del Tiempo Presente producida en Chile y en otros países de latinoamericanos?*

Rolando Álvarez Vallejos: Como he argumentado más arriba, la génesis del campo de la historia reciente en Chile se relacionó fundamentalmente a cuestiones político-contingentes y no una reflexión historiográfica propiamente tal. Es decir, a diferencia de lo que han planteado algunos investigadores chilenos, me parece que los senderos por los que se ha desarrollado la “historia reciente” en Chile, tienen su origen a un momento político, más que a una reflexión académica. No hubo una instancia universitaria o de otro tipo, que impulsara sistemáticamente una reflexión en esta dirección. Tampoco se desarrollaron encuentros, seminarios o talleres que de manera sistemática y coherente fijara un programa de reflexión sobre la historia reciente en Chile. Es más, los y las historiadores que han buscado darle una consistencia teórica a la reflexión sobre este campo, lo han hecho de manera posterior al desarrollo de sus primeras investigaciones. En el fondo, en su génesis en Chile, el campo no fue consciente de sí mismo y simplemente comenzó a irrumpir a la sombra de los debates políticos nacionales.

Si bien esta característica puede hermanar la experiencia chilena con la de Argentina, Uruguay y Brasil, el segundo aspecto que ha marcado al campo en Chile, podría considerarse una singularidad. En efecto, si bien la cuestión de los Derechos Humanos ha sido fundamental y determinante para el surgimiento de la historia reciente, no ha sido el único factor que impulsó su desarrollo. En Chile, a diferencia de otros casos del Cono Sur, la dictadura militar no terminó derrotada. Es más, para algunos analistas, tuvo como principal expresión de su éxito, la continuidad de sus políticas y medidas en el período democrático que la sucedió. Por lo tanto, si bien la historia reciente en Chile ha ahondado en la problemática de los derechos humanos, también desde sus

inicios se enfocó en examinar a la dictadura, a su líder y a las organizaciones políticas y sociales que la apoyaron durante y después de sus años en el gobierno. En otras palabras, desde sus orígenes, la historia reciente tuvo un fuerte componente ligado a la violación de derechos humanos y la represión, pero también al examen del sistema político y económico que persistió luego de terminada la dictadura. Por este motivo, nos parece pertinente acotar que si bien el campo de la historia reciente se ligó a un “hecho traumático”, tal como ha ocurrido en Europa y el resto del Cono Sur, también se conectó a un hecho propiamente político, que la historiadora Verónica Valdivia ha definido como los años de la postdictadura, referido a la década de 1990 chilena.

En síntesis, si bien la HR en Chile comparte con otras experiencias la pregunta ¿por qué pasó?, y por lo tanto tiene una cara ligada a las rupturas o discontinuidades históricas del pasado del país, tiene otra fuertemente ligada a las continuidades, a buscar respuestas a los traumas históricos no en supuesta anomalías del correcto rumbo histórico, sino que a las conexiones subterráneas que conectaron procesos socio-políticos en apariencias muy distintos.

Sobre el campo cultural y político en el que se originó la historia reciente en Chile como un campo historiográfico, es necesario caracterizar brevemente la manera cómo se produjo el paso de la dictadura a la democracia en Chile. Como es sabido, esto se realizó en los marcos de lo que se denominó “transición pactada”, lo que implicó un acuerdo entre el dictador y gran parte de la oposición. Este acuerdo se basó en el reconocimiento de la continuidad de la institucionalidad creada por la dictadura (simbolizada en la Constitución de 1980), en la relegación a un segundo plano de la demanda de verdad y justicia en los casos de derechos humanos y la continuidad de Pinochet como Comandante en jefe del Ejército hasta 1998. Por este motivo, durante la década de 1990, Chile pareció vivir una “transición eterna”, en la cual la promesa de recuperar la “verdadera democracia y justicia social”, siempre se posponía. En la práctica, la cuestión de fondo era que el

acentuado continuismo de la dictadura en la nueva democracia, impedía, estructuralmente, alcanzar los objetivos que inicialmente habían originado a la coalición gobernante. El Chile de la década de 1990 estaba lejos de contar con un sistema político que pudiera ser considerado efectivamente democrático. Sin embargo, parte importante del nuevo oficialismo estimó que estaba cumplida la tarea y que los acuerdos habían dado estabilidad política, social y económica al país. Para ellos, Chile podía mostrar orgullos al mundo una “transición modelo”. Los antiguos opositores al dictador, ahora excusaban su presencia como Comandante en Jefe, argumentando que era solo un mal menor. Más allá de las consideraciones políticas que esta situación (que es objeto de duros debates hasta el día de hoy en Chile), lo fundamental fue que la “transición modelo” implicó que los gobiernos democráticos renunciaron a conseguir justicia en materia de violación de los derechos humanos; que la verdad de lo ocurrido (torturas, muertes, ejecuciones, robos, ultrajes, desapariciones), tampoco sería total; que la justicia social se lograría en el modelo neoliberal (vaya contradicción) y que los cambios en el sistema político serían fruto de la ingeniería política con la derecha, los militares y los gremios empresariales. Algunos recordarán el Informe Rettig, publicado en 1991. Como muchos saben, en este documento, el Estado de Chile reconocía su responsabilidad en la muerte violenta de casi 3 mil personas, principalmente en manos de agentes estatales. Sin embargo, este extenso documento, si bien fue un avance para reconocer la verdad de lo ocurrido, fue desconocido por la derecha, los gremios empresariales y las fuerzas armadas, es decir, los mismos que tenían cautiva la democracia chilena. Los alcances que tuvo en el momento de su publicación, fueron bastantes limitados. La batalla por la memoria la ganaban por goleada los defensores de la dictadura, especialmente después que el Presidente Aylwin dijera que en Chile solo habría “verdad”, pero justicia solo “en la medida de lo posible”.

Solo con la detención de Pinochet en Londres, ocurrido en 1998, este curso de las cosas se modificó dramáticamente. Hasta esa fecha, el debate sobre la historia reciente en el país estaba en pañales, o derechamente, era un nonato. Eso sí, un par de hechos anunciaban su arribo al escenario político-intelectual-educacional chileno. Primero, el éxito editorial del libro de Tomás Moulian “Chile. Anatomía de un mito”, publicado el año 1997. Como su título lo indica, el texto constituyó un avance fundamental para el desarrollo del campo en Chile: su hipótesis planteaba que para entender lo que se denominaba como el “mito” del supuesto “éxito del modelo chileno” (que Moulian también criticaba acerbamente en su texto), había que examinar exhaustivamente la “historia reciente” de Chile, especialmente los años de la Unidad Popular, la dictadura militar y los primeros tiempos de la entonces llamada “transición”. Armado de un lenguaje que combinaba un marxismo gramsciano con el léxico posmoderno en boga en aquellos años, Moulian plantó la primera piedra de las futuras preocupaciones temáticas de la historia reciente chilena. Al año siguiente, Alfredo Jocelyn-Holt, un historiador de derecha, repetía en parte el éxito de Moulian con su libro “El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar”. En éste, se hacía una aguda crítica a los revolucionarios de antaño, devenidos en neoliberales en el presente. El éxito editorial de estas obras, mostraba el interés ciudadano por estas materias. Ambas, ayudaron a dejar en claro que existía una demanda social por escudriñar en el pasado de una manera distinta a la dominante.

Tras la detención de Pinochet en Londres, el mito de la transición modelo se comenzó a desmoronar. Y con ello, la historia oficial que imponía el olvido como el eje del pasado reciente de Chile. En efecto, se había pretendido hacer olvidar la demanda de “verdad y justicia” en materia de derechos humanos; olvidar que la institucionalidad política chilena tenía un componente antidemocrático inmodificable; olvidar que en el parlamento, en la administración pública, en el ejército, en la tranquilidad de sus hogares, etc. circulaban campantes cómplices y

perpetradores de actos criminales; olvidar que prestigiosos empresarios del presente, habían saqueado las empresas del Estado durante procesos de privatizaciones; olvidar que en Chile había existido un sistema educacional y de salud estatal poderoso. En fin, olvidar, en realidad, que el presente de Chile, implicaba querer borrar el pasado dictatorial. El cuestionamiento de esta tesis política fue el embrión de la historia del tiempo reciente en Chile.

Y, desde el punto de la historiografía chilena, este cuestionamiento tuvo un momento preciso: la mencionada publicación del llamado “Manifiesto de Historiadores”, publicado en febrero de 1999 en diversos medios de prensa. Encabezados por historiadores sociales como Sergio Grez, Julio Pinto, Mario Garcés, Gabriel Salazar, María Angélica Illanes y Jorge Rojas Flores, también fue suscrito por una futura exponente de la historia reciente, como Verónica Valdivia, dedicada a la historia política. Su publicación representó de manera paradigmática el momento del rol cívico de la Historia, el instante en donde la dimensión ética exigió un gesto político de los intelectuales comprometidos en el quehacer historiográfico. De esa manera, “El Manifiesto”, un breve texto de pocas páginas, desde nuestro punto de vista, estableció el programa de investigación de la historia reciente en Chile. Su tesis era muy simple, pero políticamente poderosa: la historiografía conservadora, hegemónica en el país, manipulaba el pasado reciente de Chile, para justificar, magnificar y acallar hechos ligados a la historia político-social del siglo XX, la Unidad Popular y la dictadura militar. El llamado era obvio: la necesidad de iniciar un revisionismo histórico que pusiera en jaque esta operación manipuladora. El “Manifiesto” no solo obtuvo adhesiones de historiadores consagrados, sino que de un muy numeroso espectro de estudiantes de licenciatura y magíster en Historia, que comenzaban a pensar sobre que versarían sus investigaciones. El germen de la historia reciente se incubó, de esta manera, en la nueva generación de historiadores e historiadoras chilenos.

Los acontecimientos posteriores a la detención de Pinochet, reforzaron la reflexión sobre el pasado traumático del país. Mesas de diálogos con el ejército, el procesamiento de Pinochet en Chile y el comienzo del fin de la relativización sobre las violaciones de los derechos humanos, cambiaron el eje de las preocupaciones históricas. Este hecho se ratificó el año 2003, cuando la conmemoración de los 30 años del golpe de Estado de 1973, provocó un estallido de memoria histórica.

Tempo & Argumento: *¿Cuáles le parecen las principales tendencias de la historiografía reciente sobre la dictadura chilena?*

Rolando Álvarez Vallejos: Primero que todo es necesario preguntarse desde qué momento histórico debemos o podemos hablar de “historia reciente” en Chile? Como se sabe, este campo tiene un régimen de historicidad particular, no necesariamente conectado con una cronología claramente establecida. En este sentido, estimamos que el caso chileno el campo está atravesado por la dictadura militar, es decir, por lo que supuestamente la originó, su desarrollo propiamente tal, y la proyección que tuvo una vez que finalizó formalmente en 1990.

Es por este motivo, que en el caso de Chile, la década de 1960 cumple las características que permiten denominarla como “reciente”, a saber, la existencia de una memoria social de ese pasado (reforma agraria, radicalización política y social, reforma universitaria, etc.), el carácter traumático de esa memoria y la supervivencia de actores y protagonistas de ese período. En particular, de esa década hay que destacar la reforma agraria, que afectó el derecho de propiedad de los sectores dominantes. Por este motivo, es posible señalarla como el punto de inicio de la historia reciente chilena, porque generó un fuerte impacto en el imaginario político de los sectores dominantes. Hay que recordar que a diferencia de Argentina, Uruguay y Brasil, en esta época la izquierda no llevaba a cabo lucha armada (el MIR solo hizo acciones de propaganda y algunos asaltos a supermercados y bancos, no lucha armada propiamente tal). Así, esta etapa, que fue tildada por la derecha

como el origen del contexto que justificó el golpe de Estado, constituye el primer núcleo de estudio de la historia reciente chilena.

El segundo eje de estudio está constituido por la Unidad Popular. Examinada por científicos sociales de distinta índole, solo después del año 2000, la historiografía ha ahondado en su pesquisa. Más allá de los exámenes de las “líneas estratégicas” de las fuerzas políticas que se confrontaron, la vida cotidiana, los jóvenes, la música y la cultura, convocan el interés de los nuevos y nuevas historiadoras. Con todo, hasta el día de hoy, historiadores profesionales de derecha, considerados serios, siguen planteando que el objetivo de Salvador Allende era instaurar un régimen al estilo soviético y, por lo tanto, se justifica el golpe de Estado del 11 de septiembre. Por ello, el gobierno encabezado por Salvador Allende sigue siendo una etapa de fuerte pugna interpretativa.

Un tercer eje que concentra las preocupaciones de la historia reciente chilena la constituye la dictadura militar. Tal como sus símiles del Cono Sur, las dimensión de la represión, la lucha de las organizaciones de izquierdas (especialmente las que promovieron la lucha armada en su contra) y en general, la historia de la resistencia, ha sido frecuentemente abordada por los investigadores. Asimismo, el papel de las fuerzas armadas y de Pinochet en particular, también han estado en el foco de las pesquisas. Sin embargo, como ya decíamos, producto de su fuerte carácter proyectual, la historiografía sobre la dictadura ha explorado dimensiones que van mucho más allá de la represión. En diálogo con la literatura del Cono Sur, se ha investigado en la generación del consenso y la manera cómo la derecha penetró los nichos sociales y políticos otrora en manos de la izquierda y la Democracia Cristiana. También el papel de los civiles, tanto que hoy la denominación que genera más consenso para denominar al régimen es el de “dictadura cívico-militar”.

Un cuarto espacio de la historia reciente en Chile la constituye la época de la “transición democrática” o “postdictadura”, mucho menos

abordado que los anteriores. Copado por los debates de sociólogos y los expertos en la “transitología”, solo en los últimos años se han indagado algunos de sus aspectos. El papel político de los gremios empresariales y los cambios en las formas de hacer política, pero también la represión política y las transformaciones del movimiento sindical, han estado en el interés de varios autores. Pero en general, los análisis se han centrado en evaluar las continuidades y los cambios de estos actores y procesos respecto al período dictatorial.

Un punto aparte merece la explosión historiográfica referida a los pueblos originarios. De la mano de la agudización de los conflictos por las demandas territoriales del pueblo mapuche desde la década de 1990, ha surgido una nueva generación de historiadores provenientes de esta etnia, que están reescribiendo la historia de su pueblo. El libro “Escucha Winka”, el primero sobre el pueblo mapuche escrito por mapuches, editado el año 2005, marcó un hito que ha tenido continuidad en la publicación de nuevas monografías y obras colectivas. Si bien, desde el punto de vista de la larga duración, la génesis de la problemática mapuche se relaciona con la ocupación militar de su territorio por parte del ejército chileno a fines del siglo XIX, la historia reciente juega un papel muy gravitante para explicar la situación actual. Del paso de las esperanzas provocadas por la reforma agraria y los años de la Unidad Popular, a la represión de la dictadura. Y peor aún, la imposición del modelo neoliberal en el territorio mapuche, significó que millares de hectáreas mapuche pasaron a manos de empresas forestales, que hoy son uno de los principales adversarios de esta etnia. Por lo tanto, la historia reciente tiene mucho que decir sobre el conflicto mapuche, uno de los más agudos que hoy afectan al país.

Por último, hoy se está incubando un quinto y novedoso eje de la HR, estrechamente relacionado con los movimientos sociales que agitaron al país el año 2011. Producto del protagonismo del movimiento estudiantil (universitario y secundario), hoy se están desarrollando

numerosas investigaciones sobre estos actores, especialmente a partir de los movimientos que comenzaron a registrarse el año 2000. Este campo está siendo copado por historiadores/as en formación, muchos de ellos partícipes de estos movimientos. Las temáticas con perspectiva de género han tenido un fuerte impulso especialmente después del movimiento social feminista que impactó al país el año 2018.

Tempo & Argumento: *¿Cómo le parece que los debates político alrededor de los 50 años del golpe interpelan al campo de estudios de la dictadura militar?*

Rolando Álvarez Vallejos: Es una pregunta sobre la que me podría extender. Pero en síntesis, la conmemoración de los 50 años del golpe de estado contra el gobierno de Salvador Allende ha puesto de relieve el carácter volátil de la memoria histórica. Amplios sectores sociales y políticos en Chile creyeron que las consignas “Nunca Más” –alusivas a la violación a los derechos humanos- y la defensa irrestricta de la democracia, eran ganancias históricas irreversibles. Sin embargo, esta coyuntura demostró la fragilidad relativa de estos y otros conceptos básicos para la convivencia en una sociedad democrática. En este contexto, el desarrollo de la historiografía sobre la Unidad Popular y la dictadura cívico-militar que la sucedió, seguirá jugando un papel relevante en la construcción de un futuro democrático en Chile.